

Que aun no picaste en tanto que viviste,
 Si eres agora espíritu desnudo
 Ya de los miembros, como yo presumo,
 Aquí estarás sin duda:
 Mira su llanto, y goza de tu suerte,
 En vida amante, y en la muerte amado.
 Y si era tu destino, que en la muerte
 Amado fueses, y esta fiera quiso
 Vender su amor por tan subido precio;
 El precio mismo que pidió, le diste,
 Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
 Quanto inútil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
 Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
 Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
 Tarda piedad sobrada,
 Quando á ningun efecto es de provecho.

SCENA II.

ERGASTO, GORO, SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traygo tan lleno de piedad el pecho,
 Y tan lleno de horror, que no oygo ó veo
 Cosa alguna do quiera que me vuelva,
 Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con que puede venir; ay Dios! agora
 Este pastor, que muestra
 Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traygo la nueva triste
 De la muerte de Aminta.

Silvia.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
 El mas gallardo, afable, y comedido,
 Amado de las Ninfas y las Musas;
 Murió en su juventud: ¡ay de que muerte!

Coro.

Dinos como, pastor, porque contigo
 Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡ Ay que no oso llegarme
 Adonde escuche y sepa
 Lo que saber no escuso !
 Duro corazon mio ,
 Aspero y fiero corazon , ¿ que temes ?
 ¿ De que te espantas ? Vete presto , acaba
 Contra el cuchillo agudo de una lengua ,
 Y aqui demuestra agora tu fiereza.
 Pastor , yo vengo por la parte mia
 De ese dolor , que á los demas prometes ;
 Porque me pertenece
 Quizá mas que tú piensas
 Y qual debida prenda lo recibo :
 Así que de dolor tan propio mio
 No debes serme escaso.

Ergasto.

¡ Ah Ninfa ! yo te creo ,
 Que mil veces al misero sentia
 Llamar tu nombre al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado ,
 Donde mis redes hoy tendido habia ,

Quando bien cerca vi pasar á Aminta
 Muy trocado en el rostro y movimiento
 Del que ántes era , muy turbado y triste :
 Tras él partí corriendo , y en efeto
 Lo alcancé , y lo detuve ; el qual me dixo :
 Yo quiero , Ergasto , que un placer me hagas ,
 Y es que conmigo vengas por testigo
 De cierta accion ; mas quiero que me obligues
 Antes tu fe con juramento estrecho ,
 De estarte á un lado , y no moverte un paso
 A impedir el efeto de mi intento.
 Yo (¿ quien pensara tan extraño caso ,
 Ni tan ciego furor ?) hice qual quiso ,
 Mil conjuros horribles , invocando
 A Pan , á Pales , Priapo , y Pomona ,
 Y la nocturna Ecátés. Luego anduvo ,
 Y me llevó por lo fragoso y agro
 Del collado , por cuevas y barracos
 Incultos , sin camino ó senda alguna ,
 Do pende al cabo un precipicio á un valle.
 Aqui nos detuvimos ; yo mirando
 Al fondo , estremeçime de improviso ,
 Y al punto atras me retiré ; y el mozo
 Hizo alguna señal como de risa ,
 Y serenó su rostro , el qual afecto
 Fué el motivo mayor de asegurarme.
 Despues hablóme así : mira que cuentas
 Lo que verás , á Ninfas y Pastores.
 Luego dixo , mirando al hondo valle :

Si yo á mi voluntad ballar pudiera
 Prontos así de los hambrientos lobos
 El vientre y los colmillos, como tengo
 Este despeñadero, bien quisiera
 Morir la muerte, que murió mi vida :
 Quisiera que estos miembros miserables
 Fuesen despedazados
 (¡Ay triste!) como fuéron
 Aquellos de mi Silvia delicados :
 Mas puesto que no puedo ,
 Y ya que á mi deseo
 El cielo niega las voraces fieras ,
 Quiero seguir camino diferente
 Para morir : yo seguiré otra via ,
 La qual será á lo ménos
 La mas breve, sino la que debia.
 Ea, Silvia, ya te sigo ,
 Ya voy á acompañarte ,
 Y muriera contento, si entendiera
 Al ménos con certeza, que seguirte
 No fuese disgustarte, y que tus iras
 Se hubiesen acabado con la vida :
 Ea, Silvia, ya te sigo.
 Esto dicho, de encima del barranco
 Precipitóse, vuelta la cabeza
 Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

Por que no lo impediste ?
 ¿Hizote acaso estorbo
 A detenerlo el juramento hecho ?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
 (Vano quizá en tal caso)
 Quando adverti su temeraria y loca
 Resolucion, corrí con ambas manos,
 Y como quiso su enemiga suerte,
 Lo así de este cendal, que lo ceñia,
 El qual no siendo á sostener bastante
 El peso con el impetu del cuerpo,
 Que ya del todó abandonado estaba,
 Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¡Y que fué de su cuerpo desdichado ?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
 Con tal horror y lástima, que cierto
 No tuve corazon para asomarme,
 Por no mirarlo dividido en piezas.

Tomo III.

23

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
 Pues una nueva tal aun no me acaba.
 Triste de mí, si aquella falsa muerte
 De quien le odiaba tanto,
 Le ha quitado la vida; justo fuera,
 Que la infalible muerte
 De quien me quiso tanto
 Me quitase la vida.
 Y quiero me la quite, si no puede
 Con el dolor, al ménos con el hierro,
 O ya con esto ceñidor infausto,
 Este; que no sin causa
 No siguió las ruinas
 De su caro señor; mas quedó solo
 Para tomar venganza
 De mi crueldad, y de su muerte injusta.
 Prenda infeliz, de dueño
 Mucho más infeliz, no te disguste
 Quedar en este abominable albergue,
 Que solamente quedas
 Para instrumento de venganza y pena.
 Por cierto yo debía
 Haber sido en el mundo compañera
 Del infeliz Aminta; y pues no quise,

Seré por obra tuya su consorte
 En el profundo abismo,

Coro.

Consuélate, zagala,
 Que no es tuya la culpa,
 Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De que llorais, pastores?
 Si de mi afan llorais, yo no merezco
 Piedad ninguna, que no supe usarla;
 Y si llorais la desdichada muerte
 Del misero inocente, es muy pequeña
 Demostracion de pérdida tan grande.
 Y tú, mi Dafne, enjuga
 Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
 Yo la ocasion; y suplicante quiero,
 (No por piedad de mí, sino del triste,
 Que fué mas digno de ella)
 Me ayudes á buscar sus miserables
 Miembros, y sepultarlos:
 Este cuidado solamente impide
 El darme aquí la muerte:
 En este oficio solo
 Quiero pagar, pues otro no me queda,
 El amor que me tuvo; bien que puede
 Contaminar esta homicida mano
 La piedad de la obra; mas con todo

Entiendo y sé, que le será agradable,
Al ménos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama,
Qual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas, tú, morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo ménos
Para su helado y misero cadaver.
Tanto, y no mas es lícito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exéquias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por que camina
Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

Silvia.

A Dios, pastores,
Prados á Dios, á Dios selvas y rios,

Ergasto.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando;
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdenas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazón retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda, que la ley con que gobierna
 Amor su grande imperio eternamente,
 No es injusta, ni dura, y que sus obras
 Llenas de providencia y de misterio,
 Sin razon se abominaa y condenan.
 ¡O quan artificioso, por caminos
 No conocidos encamina al hombre
 A su felicidad, y entre los bienes
 Lo pone al fin de su amorosa gloria,
 Quando él se juzga al fondo de sus males!
 He aqui precipitado Aminta sube
 Al sumo colmo del mayor contento.
 ¡O tú feliz, ó venturoso Aminta,
 Y mas quanto mas fuiste desdichado!
 Esperar con tu exemplo agora puedo,
 Que vez alguna aquella dulce ingrata,
 Que con piadosa risa encubre y zela
 El acero mortal de su fiereza,
 Con fiel piedad mi corazon repare,
 Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aqui se nos acerca el sabio Elpino,
 Y escuchad sus razones, que de Aminta
 Hablando viene, como si él viviera,
 Y le llama feliz y venturoso.
 ¡O condicion de los amantes dura!
 Sin duda juzga venturoso amante
 Al que muriendo al fin piedad alcanza
 En el amado pecho de su Ninfa;
 Esto tiene por gloria, y esto espera.
 ¡De qual ligero premio el Dios alado
 Contenta sus sequaces! Dime, Elpino,
 ¡En estado tan misero te hallas,
 Que venturosa llamas á la muerte
 Del infeliz Aminta, y semejante
 Fin desdichado para ti deseas?

Elpino.

Amigos, bien podeis estar alegres,
 Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O quanto nos alegra lo que dices!
 En fin ha sido falso, segun eso,
 Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
 Mas fué feliz el precipicio, tanto,

Que en una imágen misera de muerte
Le traxo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya, lo que ántes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enxuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrámbos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Qual Dios, ó qual ventura al buen Aminta
Salvar le pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando

De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mi despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiro y libre estado:
Quando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretexidos,
Un grande haz: en este, ántes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,
Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto impetu quitó de la caída,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estubo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entónces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;

Enviado ya á llamar Alfesibeo,
 A quien Febo enseñó la Medicina,
 Quando le dió la cítara y el plectro;
 Llegáron juntamente Dafne y Silvia,
 Que, como luego supe, iban buscando
 El triste cuerpo, que tenían por muerto.
 Pues quando Silvia lo conoce, y mira
 En las mejillas pálidas de Aminta
 Una belleza tal, que la violeta
 Nunca tan dulcemente se marchita;
 Y el con gemido débil, que parece,
 Que en los suspiros últimos al ayre
 Exhala el alma á guisa de Bacante;
 Con altos gritos y herirse el pecho
 Se arroja con el cuerpo que yacia,
 Juntando rostro á rostro, y boca á boca.

Coro.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
 Siendo ella tan severa y tan esquivá?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor débil,
 Mas de un amor constante es débil freno,
 Luego como si fueran sendas fuentes
 Sus ojos, comenzó con vivo llanto,
 Del jéven á bañar el rostro frío:
 Y fué aquel agua de virtud tan grande,
 Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,

Un ay profundo le salió del pecho
 Con gran dolor; y el ay que tan amargo
 Partió del corazon, se encontró luego
 Con el aliento de su Silvia cara,
 Que lo acogió en su boca, y en aquesta
 Se convirtió el instante dulce y puro.
 ¿Quien os sabrá decir como quedáron
 En aquel punto entrámbos? ya seguro
 Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
 Y viéndose en sus brazos apretado.
 Quien sabe que es amor, él solamente
 Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
 Puede juzgarse; quanto mas decirse.

Coro.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
 Que ya no hay riesgo de su vida?

*Elpino.**Amiats*

Está pues sano, aunque su rostro un poco
 Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
 Mas es nada en efeto, y él lo estima
 Por ménos de lo que es: ¡dichoso joven!
 Que así ha dado señal de amor tan grande,
 Y agora logra del amor el premio,
 A quien las penas todas y peligros
 Pasados sirven de mayor contento.
 Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
 Mi camino á buscar el buen Montano.

CORO.

No sé, si siendo tanta la amargura,
 Que ese pastor amante
 Ha padecido en su penoso estado;
 Puede al presente alguna gran dulzura
 Darle sabor bastante
 En recompensa á todo el mal pasado.
 Y si es mas estimado,
 Y mas alegra el bien tras muchos males;
 Amor, de bienes tales
 Premia á los otros, que en dominio tienes,
 Que yo no pido tus mayores bienes.

Tras breves ruegos, y servicios breves,
 Quiero me admita luego
 Mi amada Ninfa con amor piadoso:
 Y solo mezcle de cuidados leves
 Nuestro dulce sosiego,
 No tan grave tormento y riguroso:
 Mas un desden zeloso,
 Una esquivèza blanda enamorada;
 Guerra en fin limitada,
 A quien la dulce paz y tregua siga,
 Que en mas ardor los corazones liga.

OTRAS

OTRAS POESIAS DE JAUREGUI.

CANCION

A la muerte de la Reyna Doña Margarita.

Y a que en silencio mi dolor no iguale
 Ni mis ocultas lágrimas y llanto
 Al superior afecto, que las vierte;
 Justo será, que mi funesto canto
 Las acompañe y que del alma exhale
 Nuevos clamores de tristeza y muerte.
 Y pues me ofrece la contraria suerte;
 Presente el caso mas infausto y grave,
 Que haber pudo en su vigor violento;
 Que así mi sentimiento
 Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
 Mas vence su rigor las fuerzas mías,
 Ni admite el grave daño recompensa
 Falando á España su mayor tesoro.
 Y yo aunque ciego de perpetuo lloro
 Quiera sentir su rigurosa ofensa;
 Veré primero en las cenizas frías
 Por quien suspiro, fenecer mis días
 Que de llorarlas quede satisfecho
 Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.

Tomo III. 24

¿ Quien vió tal vez en áspera campaña
 Arbol hermoso cuya rama y hoja
 Cubre la tierra de verdor sombrío?
 Donde el ganado cándido recoja
 Alejado el pastor de su cabaña
 Y allí resista el caloroso estío.
 La planta con ilustre señorío
 Oírece de su tronco y de sus flores
 Y de su hojoso toldo y fruto opimo
 Olor y dulce arrimo,
 Sustento y sombra á ovejas y pastores;
 Hasta que la segur de avara mano
 Sus fértiles raíces desentueve,
 Atormentando en torno su terreno
 Por dar materia al edificio ageno.
 Siente la noche el ganadillo, y vuelve
 Al caro albergue, procurado en vano;
 Y viendo de su abrigo yermo el llano,
 Forma balido ronco, y su lamento
 Esparce; ay triste y su dolor al viento.

No de otra suerte, ¡ó planta generosa!
 Que adornas los alcazares del cielo,
 Prestaste arrimo, sombra y acogida
 Al pueblo grato del Iberio suelo:
 Dió tu heroyca virtud, qual flor hermosa,
 Olor, que ha penetrado la estendida
 Region etérea: así desposcida
 Viéndose España de la prenda suya,

Tembló al severo golpe de la parca,
 Y en torno su comarca
 Fué quebrantada con la ausencia tuya.
 Hoy los que en tí gozaron tan colmada
 Copia de frutos, sus ofensas miden
 Con largas quejas, y á llorar forzados.
 Con espantables rostros, erizados,
 Suspiros tantos de dolor despiden,
 Que para su querella congojada
 Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
 Y si reducen á llorar los brios,
 Tambien para los ojos faltan rios.

Ni ya reprime su lamento vano,
 Verte en el cielo mejorar de imperios
 De excelsos troncos y coronas santas;
 Y que en vez de los Príncipes Iberios
 Que se postrahan á besar tu mano,
 Hoy las estrellas besarán tus plantas;
 Ni el ver que á España dexas prendas tantas,
 (Nobles centellas de tu sacro fuego,)
 A cuyo cetro y próspero gobierno
 Darás favor eterno,
 Si á Dios presentas de su parte el ruego.
 Ni nos basta mirar tu viva lumbre
 Al sol de quien fué rayo, siempre unida
 Y prestando esplendor el alto cielo.
 Ni el ver, por muestras de tu santo zelo,
 Modernos templos, que en edad florida
 Han de lograr su excelsa pesadumbre;

Y en quanto el roxo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfia
A divertir el ánimo afligido
Del entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon ó tiempo ó largo olvida
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En misera contienda; y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazón destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros, y Alemanes rubios,
Que en tí perdiéron su imperial grandeza;
Daráte el mundo, con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias, y diluvios:
Porque si á los distantes y vecinos
Reynos, tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Sino qual debe, como puede el mundo.

PARAPRASI

Del salmo Super flumina Babilonis.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,

Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frío
Con lágrimas sus ondas aumentamos;
Entónces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos.
Las cítaras y harpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazón, quando vivimos.
En tí, Jerusalém; mas la memoria
De tu asolado Imperio,
Y el duro cautiverio,
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afán y al llanto.

Allí por mas tristeza
La esquadra victoriosa
Que nos conduxo en miseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna:
Mas respondimos con ageno intento:
¿Como dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Como cantar podrémos himnos santos
En region estrangera,
Do la Deidad primera
Está ofendida? ¿Entre enemigos tantos.

De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira ?

Sacra Ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidare
Este dolor, que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro,
Y al plectro me aplicare,
Antes mi diestra el movimiento olvide,
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pame y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza, por tu ausencia ;
Solo fijando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,
Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría,
Que en tí perdí, que en tí gozé primero,
Y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del impio y bárbaro Idumeo,
Quando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo :
Que en ódio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decia :
Asolad, asolad desde el cimiento

Sus homenages : ¡ó rencor sangriento !
Dichoso el que á tus ojos algún día,
Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus miseros infantes.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados ;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados :
Aqui prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un día,
Porque la Ninfa mia
Vi que emboscaba, y de recelo agena
Ya el cinto descendiendo
Sus miembros despojaba del vestido :
Dexóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La ví correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el yelo
Y suspendió su brio,

Viéndose en la carrera salteado.
 Con líquidos aljófares del río,
 Mas reclinóse al fin sabrosamente,
 Cubriendo de los húmedos cristales.
 Toda su forma de la planta al cuello,
 Tal vez la hermosa frente
 Solo mostraba de su rostro bello,
 Tal con ligeros saltos pasaba
 La orilla, y en sus frescos arenales
 Sus tiernos miembros liberal mostraba.

Yo en tal alegre vista embebecido,
 Y en los tejidos ramos escondido,
 Al cielo con el alma agradecía
 Mi desigual ventura,
 Y el recatado labio no movía:
 ¡Ay si mis ojos con igual cordura
 Celar pudieran sus ocultas llamas!
 Y no que ansiosos de mirar cercano
 Aquel hermoso bulto soberano,
 Se divirtieron á mover las rajas;
 Y apenas el ruido
 Hirió á la bella Ninfa el pronto oído,
 Cuando su aguda vista y rostro honesto.
 Le descubrió mi hurto manifiesto:
 Y como la corcilla descuidada
 Miéstras las hojas tiernas y menudas
 Despunta de la yerba rociada,
 Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
 Y vuelve las agudas

Orejas, y la frente pavorosa
 A la vecina selva, ó la floresta,
 Do con alada planta voladora
 Se embosca, y dexa al cazador burlado;
 Tal su ligero curso amedrentado
 Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
 Que me miró delante.

¡O bella ingrata, á quien el alma adora!
 Entonces dixe, y me arrojé tras ella,
 Detente, aguarda agora;
 Del enemigo es justo que se huya,
 No del amante, que la gloria suya
 Ha puesto en adorar tu imagen bella:
 Tras tí me llevas del amor vencido
 Y no de tus agravios persuadido:
 Ya que matarme tu soberbia quiera,
 Permite solo que á tus ojos muera,
 Mas ay! que en vano pido
 Te duelas de mi daño, pues tampoco
 Sientes el tuyo, Ninfa, en la carrera:
 Mira que ofende el áspero camino
 Tus blandos pies, reporta la huida,
 Que yo te seguiré mas poco á poco.

En quanto así la voz enternecida
 Convierto á moderar su desatino;
 Ella esforzando el corazón medroso,
 Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
 Y oculto el curso aplica;

Los árboles al verla enamorados,
 O ya de mi dolor compadecidos,
 Parecen que se oponen á encontrarla,
 O bien á contemplarla.
 Eco mis voces con afan replica,
 Las broncas peñas mi dolor sentian.
 Lleva mi Ninfa al viento derramados
 De modo sus cabellos y tendidos,
 Que en torno al bello rostro parecian
 Los rayos puros de Titan dorados.
 He aquí miétras sin órden se esparcian
 Las hebras de oro por el aura helada,
 De un sauce humilde en los hojosos brazos
 Se marañaron los hermosos lazos,
 Y de mi Ninfa amada
 Embarazaron algo la carrera;
 Ella, al sentir su estorbo, de manera
 Alzó la voz con alarido al cielo,
 Que porque ménos el dolor sintiera,
 Sin la seguir me derribé en el suelo;
 Diciéndole: ya, Ninfa, no te sigo
 Sino con sola el alma enamorada;
 El alma llevas, y no mas contigo,
 Modera tu violencia acelerada:
 O ya si el peso rehusar pretendes,
 Déxame el alma, y huye descansada.

Mas no porque mi voz lo asegurase,
 Y léjos bien distante me quedase,
 Un punto quiso detener sus plantas,

Ni perdonar la ofensa á su cabello;
 Antes cargando la cabeza y cuello
 Acia adelante con ahinco y fuerza,
 Dexa perdidas de sus hebras, quantas
 Le pudo arrebatar la rica rama,
 Y mas furiosa su carrera esfuerza
 Abriendo el paso entre la yerba y grama.
 De mi burlada vista al fin se aleja,
 Los árboles la esconden, y me dexa,
 Qual queda el can liviano, que seguia
 A la veloce liebre en la fragosa
 Sierra, donde ella pudo cautelosa
 Torcerse entre las matas y quebrarse;
 El ya que de cobralla desconfia,
 Descuida el pie ligero, y sin cansarse
 Contempla solo la dificil via
 Y el rastro que dexó por los breñales
 De su velluda piel, quando huia
 La astuta liebre á saltos desiguales.

Así quando perdí la Ninfa mia
 Me fui yo triste al ramo venturoso,
 Do estaban sus cabellos enlazados,
 Y dixé lamentándome quejoso
 ¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
 Muerte, y á executalla conjurados,
 Despojos de la prenda á quien adoro!
 Bien pudo suspenderse mi carrera
 Por vuestro honor, qual su volátil planta
 Detuvo, atenta el oro

La codiciosa virgen Atalanta,
 No es oro el vuestro de menor tesoro:
 ¡O dulces lazos, muestra conocida
 De la aspereza de mi bella ingrata!
 ¡O falso bien, que regalando mata,
 Y aparente lisonja de la vida!
 Do contra mí dexó el rigor ageno
 En vaso de oro su mortal veneno:
 Prenda seréis para mi mal guardada
 En el estrecho seno;
 Pues aunque en vos me quede la memoria
 Desta crueldad de mi enemiga sirada
 Y en vos mi ofensa arguya,
 Al fin sois prenda suya,
 Y en eso fundaré mi débil gloria.
 Y tú, frondosa rama,
 Que te compadeciste
 De verme ardiendo en amorosa llama,
 Y el fugitivo curso entreteviste
 De aquella mi bellísima contraria;
 Perdona, si en tan breve te despojas
 Del oro puro, que te adorna y viste,
 Baste á calificar tus ricas hojas
 Solo haber sido del depositaria;
 Y en cambio al recibido
 Beneficio presente, al cielo pido,
 Que iguale con su áltara
 La fértil copa, que tus hojas brota,
 Y estienda tus raices

En

En el terreno centro á la remota
 Y la mayor hondura,
 Y que las arboledas autorizes
 Por luengos siglos con igual verdura.
 Dixe, y las hebras rubias marañadas
 Desenlacé cobarde y temeroso,
 Y al pecho venturoso
 Las ofreci por prendas regaladas:
 Y viendo oscurecerse el ocidente
 Ya quando al mar de Iberia presuroso
 Trastorna el sol la fatigada frente,
 Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETO I.

Sobre las ondas acosado Antonio,
 Al fuerte Augusto, y á Cleopatra mira,
 Una al dominio del incauto aspira,
 Otro al diadema del Imperio Ausonio
 Entrégase el amante al golfo Jonio,
 Mas encendido en vil amor, que en ira
 Inmensa armada en su favor conspira
 Del Medo y Persa, Egipcio y Macedonio.
 Puede triunfar de Augusto, acometiendo
 También huyendo de Cleopatra, puede
 Vencer astuto su malicia y arte:
 Trueca la accion; y del contrario huyendo,
 Sigue su amada fugitiva, y cede
 Ambas victorias al Amor y á Marte.

Tomo III.

25

II.

¡ Ay de quan poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenaro, y fina
De mármol piedra, y de color cambiante !

Pues quanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.

Consumirá en los jaspes su tesoro
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.

Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte
Pobre y deatudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CESAR CONTRA LOS GRIEGOS
DE MARSELLA,

*Descrita por Lucano en el tercero libro
de su Farsalia, y transferida á nuestra
lengua.*

SOBRE el marino campo el roxo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana,
Libre de nubes, y sereno el Polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro, y Tramontana;
Y seogando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Quando sus remos á la par tentáron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los Italos zarpáron,
Y los Grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechináron
Los bien travados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélagos este dido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los ayres derramadas
Alzan tan sordo estruendo y griteria,
Que ni se escucha el remo, ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Entónces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriva:
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten segas por el agua arriba,
Y alli la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyentan uno y otro bando,

Volando encubren la suprema esfera
Las hastas, y cayendo la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El órden con la brega repentina:
Qual de la armada se retira afuera,
Y qual á su adversario se avecina,
Qual va girando á torno, y qual deshace
Los sulcos, que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las Grecianas
Fustas, al embestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en brave cerco intentan rodearse:

Con mas pescdo rumbo las Romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.

Dixo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Compites con el Griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de traves opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y baxeles diestros.

Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navio:
Las fustas enemigas embistiéron,
Como acetando el nuevo desafio;
Del propio encuentro algunas se rompiéron,
Las otras por el Italo gentio
Entre cadenas fueron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas.

Así dos flotas, la Romana y Griega,
Formaron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval resriega
Fué, y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de léjos despedido
El dardo, ó lanza, mas la espada aguda
Bostro con rostro á batallar desnuda.

Al bordo cada qual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario bando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando:
Del áspero combate el agua amarga
Hierve en espumas roxas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegameamente envueltas.

Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trabe:
Algunos medio vivos y cansados
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.

Así bebiendo el mar, el mar los traga:
Y otros, que su baxel cascado miran,
Antes que se rehunda, ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran;
Qualquiera flecha, ó lanza ofende y llaga,
Que allí los Griegos y Romanos tiran;
Pues aunque el agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo, que su golpe en sí recibe.

Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfia
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia;

Y en quanto la vitoria dilataban,
Tago, Latino, insigne en osadia,
Probó a estender el brazo temerario,
Y asir las xarcias del baxel contrario.

Quando en su espalda y pecho repartidas.
Dos lanzas á la par lo atresváron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontráron:
Dudó la sangre á qual de las heridas.
Pudiera acometer, y al fin lanzáron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero.
Telon, un Griego que chalupa alguna
No vió jamas tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna:
Juzgaba siempre el tiempo venidero.
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol; y anticipada resolvia
La vela donde el viento requeria.

Este ya dexa abierto en la marina
Un vaso, que embistió con su pujanza,
Quando de lejos llega repentina
A barrenar sus pechos una lanza,
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estancia;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discorre entre las ondas vacilante.

En cuyo vaso vagabundo, y falto
 Ya de gobierno, un diestro marinero
 Se apresuró á saltar desde lo alto
 De su fragata, en ademán ligero,
 Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
 Su espalda atravesó, y el fuerte acero
 Clavó en las tablas, que topara enfrente,
 Dejando al Griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
 Asisten dos hermanos, que nacidos
 Ambos de un parto, á diferentes hados
 Fuéron por varia estrella conducidos;
 Causaban grato error á los burlados
 Padres, porque sus rostros parecidos
 Eran de modo, que el mortal y agudo
 Acero solo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte, reservando al uno,
 Al otro arrebatar su semejante,
 Tal, que los padres, sin engaño alguno,
 Verán distinto al único restante,
 Donde el llanto renueven importuno
 Con perpetuo dolor perseverante,
 Siempre mirando el natural trasuato
 Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
 Asió una caravela del Romano,
 Y al punto un golpe de ligera espada
 A cercen le cortó la diestro mano,

Aquella con sus nervios aferrada
 Quedó, y asida de la barca en vano,
 Y en el ilustre pecho del mancebo
 Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.

Ya al uso de las armas aplicando
 La fuerte izquierda, á la batalla atiende,
 Y de la fusta el cuerpo derribando,
 Cobrar su mano dividida entiendo;
 Quando un alfange del opuesto bando
 Tras él con feroz impetu descende,
 Que tambien la siniestra vengativa,
 Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
 Espada, ó lanza, ni acerado escudo,
 No se recoge adentro, ó se retira,
 Ni al hado rinde el corazon sañudo;
 Mas sin dexar el puesto, ardiendo en ira
 Expone el pecho á nueva lid desnudo,
 Donde á su hermano guarda y lo defiende
 Que á sus espaldas por igual contiene.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
 Y como firme y sólida trinchera,
 La flecha, dardo y lanza allí resiste,
 Porque á ninguno de los suyos hierra:
 Las muchas llagas de su cuerpo triste
 Y le compelen á que espire y muera;
 Mas él su poca sangre y poca fuerza
 En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el jóven temerario,
 Mientras saltaba en su enemiga nave,
 Por ofender siquiera al adversario
 Con solo el peso de su cuerpo grave:
 Con solo el peso de su cuerpo grave:
 La nave ya, del impetu contrario
 De Griegas proras, todo leño y trabe
 Mostraba poco firmes, y cubiertos
 Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
 Carga, el osado salto repentino,
 Del agua por sus quiebras recibida
 Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
 La mar propinqua, en cerco removida,
 De espuma forma un ancho remolino,
 Abrese recibiendo la chalupa,
 Y luego el puesto, que ella dexa, ocupa.

Hubo portentos raros aquel día:
 Sus garfios los Romanos aventaron,
 Creyendo de aferrar una saetia,
 Y en vez de aquella, á Lisida enclavaron:
 Por le salvar, sus Griegos á porfia
 Le asiéron ambos pies, luego tiraron
 El cuerpo asido de contrarias partes,
 Hasta que le troncaron en dos partes.

Toda su sangre entonces prendida
 Por toda vena, el piélagó manchaba,
 Y la porcion buscando dividida
 Del cuerpo y del espíritu, saltaba:

De los últimos miembros desasida
 Fué en breve el alma; y donde se alojaba
 El corazón y entrañas, se entretuvo,
 Y allí gran rato batallando estuvo.

De un Griego bergantín toda la gente
 Por ir á defender el diestro lado,
 Dexó el siniestro bordo enteramente,
 Sin consideracion, desocupado:
 La mal partida carga de repente
 Vuelca el ligero casco, y trabucado
 Ya el árbol nada, y la carina y suelo
 Es techo de las ondas, vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
 Al fin rabiando parecer espera,
 Sin que los dexé su caverna oscura
 Tender los brazos por el agua afuera.
 Trazó una estraña muerte la ventura
 De un Italo mancebo, injusta y fiera,
 El qual iba nadando, y dos canoas
 En medio lo encontraron con las proas.

En cuyos espolones suspendido,
 Bramando pereció, sin que estorbase,
 Su cuerpo y duro nervio entremetido,
 Que una con otra punta resonase,
 Abierto el vientre, el corazón partido,
 Le provocaron ambos vomitase
 La espesa tinta de su sangre, á vueltas
 De las entrañas con el alma envueltas.

Ya que esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro baxel por misero fracaso
Se vió hundir, y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.

Alzaban con ahinco y agonía
Sus manos á las xarcias y madería
De cable, ó remo cada qual prendía
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temía
Henchir de nueva carga su galera;
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.

Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido,
Luego los simples troncos rehilando
Audaban por el piélago estendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fué extraño de mirar, quando saltaba
Ya el dardo, ó flecha á la guerrera gente,
Como el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente:

Este

Este el fornido remo levantaba,
Aquel la antena misma, y ciegame
Otro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos, que sin armas viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacáron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el hasta, y dardo su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiene y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las navës, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hachos aplicado de esquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á estinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes quando se rompe, y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Tomo III,

26

Al mar se arroja entónces diligente
 Huyendo el fuego de su lancha el uno;
 Otro se abraza de la tabla ardiente
 Por defenderse del atroz Neptuno,
 Que en riesgos tantos la infelice gente,
 Aunque es forzoso padecer alguno,
 Siempre aborrece, y huye la fiera
 De aquella muerte, que á morir empieza.

Los que en el alto piélagó nadando
 Sé hallaban, á lo ménos ofendian
 Con dardos, que á la armada de su bando,
 Del golfo recogidos ofrecian;
 Y alguna vez rabiosos estribando
 Mal sobre el agua floxa, despedian
 Hácia el contrario la mojada lanza
 Con pulso incierto, y falto de pujanza.

Si para contrastar al enemigo,
 Hasta ninguna por el agua hallaban,
 El agua misma á funeral castigo,
 En vez de agudas armas, aplicaban:
 Porque abrazando cada qual consigo
 A su contrario, al fondo se calaban,
 Alegres de comprar (; cuitada suerte!)
 La-agera á costa de su propia muerte.

En este modo de matar violento,
 Tosco Greciano á todos excedia,
 Búzano, que en el agua el vivo aliento
 Por un espacio largo entretenia,

Y á escudriñarle su arenoso asiento,
 Como veloz delfín, se zabullia,
 A veces destrabando la ferrada
 Ancla, en el centro de la mar hincada.

Este fué de mil hõmbres homicida,
 Hundiéndose con ellos abrasado,
 Y luego tras la oculta zabullida,
 Tornando arriba salvo y descargado;
 Mas una vez él mismo á la salida
 El mar halló de barcas ocupado,
 Y allí faltando su nadar esperto,
 Quedó debaxo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
 Por desigual venganza se arrimáron
 A su enemiga nao, y el remo asiendo,
 Su apresurado curso embarzáron.
 Así en la brega militar muriendo,
 Todos vengarse al ménos intentáron;
 Y que su sangre y vida se vendiese
 Quanto costosa cada qual pudiese.

Tirreno valentísimo Romano,
 Jugando estaba de su limpio acero,
 Quando le vido Ligdamo, Greciano,
 De dardo y honda el tirador primero;
 Allá le enderezó con diestra mano
 Una pelota el bárbaro guerrero,
 Que le acertó en las sienes, y sangrientos
 Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entónces á la grave ofensa
 Queda, y al golpe, atónito de suerte,
 Que sus tinieblas ya recela, y piensa
 Ser triste efeto de la propia muerte:
 Mas como vuelve en sí, y á la defensa
 Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
 Alza la dura faz manchada y ciega,
 En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
 Poneis un balleston á léjos trecho,
 Así no ménos vuelto y aplicado
 Al enemigo me ponel el pecho;
 Siquiera por mis brazos aventado
 Será algun dardo á término derecho,
 Haciendo en tanto que la vida acabe,
 Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
 Porque burlando al esquadron villano,
 Qual hombre vivo, mi cádaver yerto
 Será flechado de su gente en vano.
 Dixo, y en su chalupa descubierta
 Luego desembrazó con ciega mano
 Un hasta al enemigo, la primera,
 Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
 Pecho del jóven Argos de Marsella,
 Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
 Ayuda él mismo á atravesarse en ella:

Su padre, que morir le estaba mirando
 De léjos, por los bancos atropella,
 Sin que la chusma el paso le embaraze,
 Hasta do el hijo agonizando yace.

Este, quando mancebo (competia
 En entender y usar de la robusta
 Guerra, con quantos de su tiempo habia,
 Y así de la palestra y de la justa:
 Y aun hoy, que á su vigor y valentia
 Los años vencen, de las armas gusta,
 Y entre los suyos débil y cansado
 Sirve de exemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo el misero no pudo
 Batir sus pechos, ni bañar en llanto
 Sus tristes carax; mas helado y mudo
 Quedó un espacio de dolor y espanto:
 De la terrible angustia el golpe agudo
 Turbó la vista de sus ojos tanto,
 Que al fin desconoció la pura frente,
 Y el rostro amado del doncel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
 Lánguido entónces, y á su padre mira
 El pálido garzon, y al conocello
 Hablar no puede y tácito suspira;
 Las señas mudas de su rostro bello
 Piden, en tanto que la vida espira,
 Los paternales últimos abrazos,
 Ansioso el jóven de mover los brazos.

Mas despertando el viejo, y de su parte
 Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
 Argos, perdona (dice) si negarte
 Puedo mis brazos á tu fin postrero:
 Fáltame corazon para mirarte
 Difunto en ellos, moriré primero
 Que tu vital espíritu despidas,
 Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.

Por el anciano pecho, miétras dixo,
 Viéron su espada misma atravesarse,
 Y al fin porque su muerte á la del hijo
 Pudiera sin estorbo anticiparse,
 Quiso, abreviando su vivir prolixo,
 En las marinas ondas anegarse:
 Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
 Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
 La tuvo largo espacio el fiero Marte)
 A los Romanos palma gloriosa,
 Y vencedor tremola su estandarte:
 Los Griegos vasos, de la lid furiosa,
 Parte encendidos, y anegados parte,
 Dexan cautiva la restante armada,
 Y de Latinas armas ocupada.

Fué inmenso el llanto, y plaga lastimera
 De la ciudad aflicta y dolorida;
 La gente inmensa, que del muro afuera
 Sale, y al mar concurre desparcida:

Del hijo ya la madre en la ribera
 Busca la ciega faz desconocida:
 Otras, en vez de esposos y de hermanos,
 Por yerro abrazan cuerpos de Romanos.

Un padre allí con otro contendia
 Sobre un cádaver ya deforme y fiero,
 Y cada qual por hijo le encendia
 Suspira, en muestra del honor postrero.
 Bruto Romano en la naval porfia
 Venció el Griego valor, y fué el primero
 Que sobre el mar, con próspera vitoria,
 A César aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO. (*)

GOZABA juvenil el Tráce Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo
La lira dulcemente numerosa:
No al vínculo legal del Himeneo
Afectos cede, ni á la Cipria Diosa,
Qual si anteviera el ánimo presago
Ya por su medio el venidero estrago.

Mas entre las beldades que atropella,
De inquieta llama causador y esento,
Fué la excepcion Eurídice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba, en ella,
Juzga felicidad el vencimiento:
¡Ay quantas veces aduló engañosa
La desdicha, con máscara dichosa!

(*) Las extravagancias y afectacion de estilo, que deducen generalmente este poema, no permitian insertarle entero; por lo qual se han extractado los mejores trozos que tiene; procurando que en ellos la narracion guarde alguna consecuencia.

En la Ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta, explica su tesoro,
Cielos cifra su rostro, su cabeza
Vierte sobre los hombros lluvias de oro:
Allí el alhago, y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivaz semblante
Acónito mortal gustó el amante.

Emulo varonil, hermoso opuesto
Fué el jóven de la Ninfa generosa,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto
Emprendió la victoria presuosa,
Mas á un tiempo, en amar, no precedidos
Se halláron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en su boda breve llanto indica.
No asiste Juno, no loquaz y ayroso
El Dios nupcial su ceremonia explica;
De obscura antorcha, con desórden ciego
Arde en su mano, reluchando el fuego.

Despues quando la dulce, prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama;
Y á ocultos regocijos encendida
Luz grata admiten el amante y dama;

Procedido de causa no advertida
 Súbito impulso arrebató la llama :
 Ni el discurrir contra el anuncio fiero,
 Halló evasión á desmentir su agüero.

Así temió en su origen la mudanza
 El fiel consorcio que repugna el cielo :
 Serenidad infiel cuya bonanza
 Siempre asaltáron ondas de recelo.
 Nunca allí se enteró la confianza,
 Nunca total prevaleció el consuelo,
 Bien que ignoraban siglos anteriores
 Tan regalado exemplo en amadores.

¡O quantas veces él, si la belleza
 De Euridice describe en dulce canto,
 Pudo en sus ojos la interior tristeza
 De incierto origen provocar el llanto !
 Turba la voz su liberal destreza,
 Embaraza á la Ninfa un tierno espanto,
 Viendo del son la repugnancia ingrata,
 Que empieza elogio, y llanto se remata.

Si en diversion alegre el florecido
 Campo les presta deleytable asiento,
 De ave siniestra el lúgubre gemido
 Su gozo altera con infausto acento :
 Uno y otro en el ánimo ofendido
 Dolor escribe, y simulando aliento,
 De su verdad y engaños daban señas
 Llorosa risa, ó lágrimas risueñas,

Bastardo incendio de garzon lascivo
 Mientras vagaba en plácida floresta,
 Quiso vencer sacrilego el esquivo
 Justo desden de Euridice modesta :
 La defensa encomienda al fugitivo
 Curso la Ninfa temerosa, presta,
 Y agravios juzga del ausente Orfeo
 Que el pie no se adelante á su desseo.

Sigue su veloz huella el torpe amante
 De su insano apetito estimulado ;
 Ella en su casto intento mas constante
 A par del viento vuela por el prado,
 Al jóven precediendo muy distante :
 Y aunque le mira ya tan alejado,
 No interrumpe su curso presuroso,
 Hasta llegar á brazos de su esposo.

En quanto el miedo canto diligente,
 Apresurar la obliga su carrera
 Imprevista mortífera serpiente,
 Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera ;
 Hiere improviso el venenoso diente
 La eburnea tez, y su candor altera ;
 Letal contagio penetró en la herida
 Hasta el íntimo centro de la vida.

Así desvaneció la flor hermosa,
 Donde ya la beldad reynó lozana,
 Donde mezcladas la azucena y rosa,
 Miraban con desden la nieve y grana ;

En el consorte fiel la dolorosa
 Nueva excedió la tolerancia humana ;
 Muerta la una parte de su vida ,
 De la que resta ser quiso homicida.

Hijo era noble el generoso amante
 De la Musa mayor y el dios de Delo ,
 Que el furor le duplican elegante,
 Con que el ingenio diviniza el vuelo :
 El castalio licor tan abundante
 Le inunda, que su labio alhaga el cielo ,
 Destinando á su verso en Elicona,
 Febo siempre el laurel y la corona.

Tristeza canta que en el alma ofenden,
 En metros tan acordes y suaves ,
 Que el vuelo y la carrera le suspenden
 Condolidas las fieras y las aves ;
 Buscan su voz y su terneza aprenden ,
 Los troncos yertos, los peñascos graves ,
 Las corrientes al métrico language
 Se impelen con retrógrado viage.

Su inmensa actividad reconocida
 Asunto ya de prodigioso espanto,
 Pues los objetos sin sentido ó vida
 Se animan al impulso de su llanto ;
 El jóven que su industria reducida
 Tiene á inquirir alivio al ciego llanto ;
 Contra la angustia que su paz destruye
 Discurre arbitrios, y animoso arguye.

Si el vigor (dice) de mi lengua pudo
 Rendir los brutos de inclemencia armados,
 E introducir en el peñasco rudo
 Racionales afectos animados ;
 Como en virtud de sus alientos, dudo
 (Aunque la fuerza impugne de los hados)
 Si el Reyno inquieto del eterno luto ,
 Mover piedad en Radamanto y Pluto ?

A tanto exámen su eficacia atreva
 Mi doloroso canto, y ruego tierno.
 Dice y comete á la experiencia nueva
 El revocar su Euridice de Averno :
 Sola intentada la estupenda prueba
 A osados pudo ser exemplo eterno ,
 Y niega executada (bien que en vano)
 Su imitacion al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro que inunda
 El Lacónico ponto, en sitio cierto
 Budo taladro de canal profunda
 Rompe el terreno cavernoso y yerto :
 Intonsa breña con horror circunda
 El rasgado peñon, y escondo abierto
 Cóncavo tal, que á la tartarea estancia
 Por las entrañas del abismo alcanza.

Tan denso allí de rústica madeja
 Asombra el sitio pabellon herboso,
 Que aun lo exterior á la caverna dexa,
 Tomo III. 27

De la estorbada luz siempre envidioso ;
Ni quando el sol á su zenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso ;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho el despertar el día.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece,
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece :
Quando repite Abril su primavera,
Y en vario esmalte el prado reflorece,
Allí se niega su dominio alterno,
Siempre rehacio el escahroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña, y riega su bosque,
Que al basilisco y áspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brevege :
Humos exhala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,
Ni pie mortal, á orillas del undante
Lago imprimió jamas la espesa lama :
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparcida voz que el sitio infama,
Léjos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.

De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir conduxo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desesperada accion mortal deseo :
Ya pasa el lago, y por obliqua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo,
Ya en los breñales que la cueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.

Riesgos tropella con audaz semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte :
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impeje á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.

Ya penetra en el márgen de la sima,
Que es del abismo exórdio primitivo,
A la lira sonante el plectro arrima,
Y del ayre el vapor templá nocivo ;
El blando acento de la vez intima
En las entrañas del peñasco vivo,
Que ántes solo admitiéron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.

Sale de sí el gran monte que apetece
Vecino el canto y como crespá goma,
Que en el tronco del árbol aparece,
En cada risco nuevo risco asoma;

Por el canal en torno inquieta crece
 La peña, que la voz ablanda y doma,
 Y tal se estrecha en la caverna el Tracio,
 Que apenas halla á su camino espacio.

Horrible incendio, entre borrados léjos,
 Arroja luz infausta tenebrosa,
 Mal retratando en hórridos espejos
 La bruta faz de la region umbrosa:
 Rige el paso á los trémulos reflexos
 El jóven y la indómita espantosa
 Habitación, que infausta le ocurría
 Vencer emprende en dulce melodía.

Al márgen de Aqueronte, algo rio,
 Tiene la voz mil sombras elevadas,
 En quien ya de la vida faltó el brio,
 Y existen aparentes y animadas;
 Todas atienden el baxel tardío,
 Y á prescrito lugar ser colocadas,
 Maravillanse viendo al jóven fuerte
 En el reyno espantoso de la muerte.

Llega á Aqueronte, y en su orilla espera,
 Las cuerdas requiriendo y consultando:
 Ve la grosera barca á la ribera
 Opuesta conducir copioso bando:
 Del instrumento, y de la voz esmera
 De nuevo entónçes el acento blando,
 Gime la cuerda al rebatir del arco
 Y su gemido es remora del barco.

Resonó en la ribera tiempo escaso
 El canto que humanar las piedras suele,
 Quando atras vuelve, y obedece el vaso,
 Mas á la voz, que al remo que le impelle:
 La conducida turba, al nuevo caso
 Se admira, se regala, se conduce,
 Y las réprobas almas con aliento
 Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto rígido concibe
 Furor, porque decrepito su oido,
 La suavidad sonora mal percibe,
 Y el baxel mira discurrir torcido;
 Mas ántes que la prora al puerto arribe,
 De la dulce armonia persuadido
 Sintió la voz y con piadoso espanto
 Tambien rindió su admiracion al canto.

Templa la dura faz, desecuida el remo,
 Y al prodigioso músico se humilla;
 Llega la barca al procurado extremo,
 Y en el alga tenaz hunde la quilla:
 Entra el amante y el lugar supremo
 Ocupa, en tanto que la adversa orilla
 Repite el leño, obedeciendo leve,
 Al canoro piloto que la mueve.

La armonica voz luego sepulta
 Al cantrifauce en regalado sueño,
 Supliendo su eficacia y fuerza oculta
 Confecciones de miel y de heleno:

En la ancha cueva de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su empeño
La bestia inútil, y concede abierta
Del reyno interno la difícil puerta.

Esta penetra y se adelanta el Tracio
(Cuyo amor y valor igual compite)
Y el pie dirige al intimo palacio,
Que al de Jove emulando alberga á Dite;
Mira á la diestra en dilatado espacio,
El gremio Eliseo, que feliz admite
Poseedores heroycos, nobles almas
Que ornan su frente vividoras palmas.

Bien presume de Euridice el amante
Que allí inmortal su domicilio alcanza,
Y allí le impele con fervor constante
Impetu opuesto á la sagaz templanza:
Mas el pie revocando vacilante,
En el temor suspende la esperanza,
Teme, si entra los limites agenos,
Que atreviéndose á mas consiga ménos.

Vencer ántes propone compasivo
(Tanto en vigor de sola voz emprende)
La gran deidad, de cuyo ceño altivo
El infero gobierno unido pende:
La vista encumbra al edificio altivo
Y á su muralla, y puerta el paso tiende,
Quando admirado vé, y admira tierno
El mas bronco espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
Presidio, y posesiones del tormento,
Donde es lago la tierra lagrimoso,
Y á los gemidos incapaz el viento:
No consintió la lira el arco ocioso,
Ni se negó la voz al instrumento,
Que serenaron dulcemente unidos
La tempestad horrisona de aullidos.

Sisifo que su cargo ha fenecido
Tantas veces, y nunca le fenece,
Porque el peso del hombro sacudido,
Vuelve á subir y el padecer recrece;
Ya se rehusa el risco detenido,
Y el que imprimió dolor, descanso ofrece
Suspendiendo la lira su suplicio,
Y al buytre hambriento que devora á Ticio.

En círculo voluble padecia
El que fué de Junon amante insano,
Quando venció al rigor el armonia
Quietando al móvil el girar liviano.
Así el aspa rodante, que regia
Aspera muela que deshace el grano,
Pierde la furia, y calma el movimiento,
Si viene el aura, y se retira el viento.

Con humillada adoracion se inclina
Al Rey feroz que armado de aspereza
De inquietos ojos rígido fulmina

Rayos de ira eclipsados en tristeza :
 Obsequio no menor á Proserpina
 Rinde, y colige atento en su belleza,
 Que silenciosa otorga al ignorado
 Ruego lo que le niega el Dios turbado.

Dime lo que lloró cantando Orfeo,
 Y los efectos de su ruego; ¡ó Musa!
 Cuando su voz seguida del recreo
 Fué en el palacio cóncavo difusa,
 Y dulce consiguió mayor trofeo,
 Que acerbo el duro rostro de Medusa,
 Pues suspension, á estatuas parecida,
 Da á las deidades, y á las piedras vida.

Númen del orbe y sus abismos (dice)
 Que gozas con glorioso ministerio,
 Por feliz suerte y mérito felice,
 Igual con Jove el dividido imperio;
 Yo el mas de los humanos infelice
 Desciendo á tí del Artico emisferio;
 Si estoy vivo no sé, sé que la suerte
 Traxo mi vida al reyno de la muerte.

Mas quando viva muerto, ó muera vivo
 Siendo estos miembros mi sepulcro humano,
 Ni aquí me induce presuncion de altivo,
 Ni curiosa ambicion de estudio arcano:
 No qual Teseo, ni Pirotóo lascivo
 Tu afrenta inquieto conspirada en vano,
 Ni como Alcides, coronar espero
 Mis hazañas, robándote el Cerbero.

Solo cobrar mi espíritu procuro
 En Euridice bella vinculado,
 En quien la muerte el esplendor mas puro
 Robó antepuesta á la intencion del hado:
 Quejas de amante (no el acero duro)
 Cercan mi pecho, á la conquista armado:
 El ruego humilde, el mísero lamento,
 Por mis pertrechos bélicos presento.

Ya en la terrena faz que alegra al cielo
 Contra la ausencia presumo industrioso
 Fingir alivio leve, no consuelo,
 O ser á mis tormentos poderoso:
 Yélame ardiendo el sol, ardo en el yelo,
 El descanso me ignora, y el reposo;
 Quanto los hombres juzgan luz y dia,
 Es á mis ojos tempestad sombría.

Así aunque vine de region serena
 Al negro centro no distingo horrores,
 Y si juzgas mi osar digno de pena
 Porque tus reynos penetre inferiores;
 Ya amor por su derecho me condena,
 No intimes á mí mal nuevos rigores,
 Que no me añadirá tu abismo ciego
 Ni tormento mayor, ni mayor fuego.

Tal causa solicita mi cuidado
 Que en lo amante se absuelve lo atrevido,
 Quanto mi accion te provocó indignado
 Te merece mi mal compadecido:

Ni á exceso debes referir sobrado
 El de amoroso impulso procedido,
 Que si culpas mi accion y mis extremos,
 En mí á los Dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonante
 En brutas pieles de animal extraño;
 Cisne despues, quando de Leda amante
 Para lascivo ardid cándido engaño:
 Tú mismo (ó Rey) sin exemplar distante
 Ser puedes en mi abono desengaño,
 Quando excediendo esfuerzos de Mavorte
 Fué triunfo tuyo tu feliz consorte.

Yo imitando tu amor busco la mia:
 No impidas á tu empresa semejanza,
 A tí deba mis glorias la osadía
 Su posesion á tí mis esperanzas:
 Francos regresos el abierto dia
 Nos permite; serán tus alabanzas
 (Dando á la lira eternizado empleo)
 Único asunto, única voz de Orfeo.

En quanto así dilata el blando ruego,
 Toda aspereza de la faz destierra,
 Al bronco Numen, y penetra luego
 Al corazon con la sonora guerra:
 Ya el Dios admite plácido el sosiego
 Y al turbado rigor la entrada cierra,
 Ya dominar en sus entrañas dexa
 La primera piedad de humana queja.

Con semblante Prosérpina lloroso,
 Desde el primer acento el canto oia,
 Sobrando al pecho femeníl piadoso
 El vigor de la acorde melodía:
 A contrastar su inexorable esposo
 La intercesora voz apercibia,
 Mas no intercede, que su faz propicia
 Ya la piedad que procuraba indicia.

El Rey justificando su gobierno
 Consultivo se vuelve á Radamanto,
 Vé al rígido ministro entónces tierno
 Que afecta disimulos contra el llanto:
 Leyes al fin deroga de su Averno
 Por conceder la súplica del llanto,
 Su efecto abrevia en diligente oficio
 Duplicando el valor del beneficio.

Al tropel de ministros circunstancé
 Que le anticipan obediencia, ordena
 Se restituya Euridice al amante,
 Y ambos despues á la region serena;
 Manda apénas el Dios, quando delante
 El bello origen de su gloria y pena,
 El Trace mira, y dilatando el pecho,
 Aun á su gozo presta albergue estrecho.

Precepto fué imperial, impuesto en vano;
 (Pension ligera al sucesor de Febo)
 No á mirar vuelva con error liviano,

La vista á su consorte ni al Erebo ;
Hasta que asciendan al abierto llano ,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen allagos, que jamas permite
La severa region reyno de Dite.

Seguido, pues, de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella,
Y espanto aumenta al reyno del espanto :
Festivo elogio en vez de la querella
Consagra al Dios reconocido el canto ;
En himnos dedicando el beneficio ,
La gratitud sonoro sacrificio.

El músico infeliz reconocia
Estremos ya de la superna entrada ,
Y si el efecto no, la fantasia
Gozaba el fin de la triunfal jornada ;
Rindióse á recelar si le seguia
Su prenda del abismo revocada ,
O si en los riscos de la sima acaso ,
Obliqua senda la retarda el paso.

Turbó el recelo acciones al sentido ,
Cegó prudencias al discurso inquieto ,
Tal que introduxo á la memoria olvido
Que violó de Pluton el gran preceto :
Vuelve la vista (¡ ay triste !) inadvertido ,
Y apenas mira el procurado objeto
Que anhelando los ojos su presencia ;

Siglos

Siglos fulminan de llorosa ausencia.

Sigue entre fuegos, truenos y temblores
Lóbrego núblo en apariencia ingrata ,
Que á los horrores anadiendo horrores ,
Por las fances del Orco se dilata :
En sus humos envuelve voladores
A Euridice, y bramando la arrebatá ,
Como en turbado mar con furia oculta ,
Errante leño el uracan sepulta.

Desvanece con impetu la dama,
Y en quanto sigue la profunda via
Con altas quejas á la suerte infama ,
Clamores tristes al amante envia :
Huye al centro la voz que en vano clama ;
Mas y mas débil cada vez se oia ;
Oye el Tracé (ó le informa su deseo)
Lánguido el nonibre repetir de Orfeo.

Por seguir y llamar su fugitiva
El pie intenta mover, y lengua muda ,
En el terreno aquel temblando estriba
Esta su voz á la garganta anuda :
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta, y de su muerte en duda ;
Tras las nieblas fugaces y veloces
Pasos esparce intrépidos y voces.

Del gran dolor á la inclemencia fierá
Se entrega; y provocando en sí la ira ;
Aun el tormento procurar quisiera

Tomo III;

28

Quando autor de su pérdida se mira;
 Revuelve de Aqueronte á la ribera,
 Y forma acentos rudos á la lira,
 No obedeciendo en el turbado llanto
 La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni quando recupere allí el amante
 Su actividad sonora no oprimida,
 Será á cobrar su Euridice bastante
 Segunda vez al Báratro ofrecida:
 Dará su labio, y cítara sonante
 Gozo al dolor, á los peñascos vida;
 No así podrá piadoso ni obstinado
 Firmes decretos revocar del hado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe donde pasó la juventud, y solo parece que vivia en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traducción del *Aminta*, de Torquato Taso. Tal vez le llevó allí su afición á las Artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimacion por ella. Fué caballero del hábito de Calatraba, y Caballerizo de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo, y murió en la misma villa por los años de 1650 siendo ya de mucha edad. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618. *La Farsalia* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Osfeo* ya dado á luz en 1624.

POESÍAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

CANCION PRIMERA.

Al armamento de Felipe II contra Inglaterra.

LEVANTA, España, tu famosa diestra
 Desde el Frances Pirene al Moro Atlante,
 Y al ronco son de trompas belicosas
 Haz envuelta en durísimo diamante
 De tus valientes hijos feroz muestra
 Debaxo de tus señas victoriosas;
 Tal que las flacamente poderosas
 Tierras, naciones contra su fe armadas,
 Al claro resplandor de sus espadas
 Y á la de sus arneses fiera lumbré,
 Con mortal pesadumbre
 Ojos y espaldas vuelvan,
 Y como al sol las nieblas se resuelven:
 O qual la cera blanda desatadas,
 A los dorados luminosos fuegos
 De los yelmos grabados
 Queden como de fe de vista ciegos.